El amor no es una ciencia exacta

Mónica Hertz

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

Caminaba con paso vivo, a pesar de los tacones. Había aparcado algo lejos, pero no me importó el pequeño paseo. Las luces de Navidad ya adornaban el cielo y los escaparates de Madrid, y las calles estaban magníficas, llenas de colorido y luz.

A mis veintisiete años aún me ilusionaba la Navidad: el ambiente festivo, la sensación generalizada de felicidad que parecía flotar en el ambiente, las reuniones con la familia y los amigos, los regalos…

Los regalos. Tal era la razón por la que me había escapado <<antes>> de la oficina esa tarde. Esa sería la primera Navidad que Aarón y yo pasábamos como marido y mujer y quería hacerle un regalo muy especial.

Había pasado semanas pensando y buscando y al final me había decidido por un reloj Breitling. Mi flamante marido era un apasionado de los relojes de lujo, sin embargo, hasta la fecha, se había tenido que conformar con mirarlos. Cierto era que me había costado una pequeña fortuna, que no es que me sobrara —había gastado una parte de mis ahorros y todo el bonus de ese año en su regalo—, pero solo imaginar su cara cuando lo viera ya hacía que mereciera la pena.

Tenía planeado recogerlo antes de ir a comer, pero una de las primeras citas de la mañana se había complicado y toda mi agenda se había ido al traste. Menos mal que mi amiga Virginia me había salvado el pellejo yendo ella.

Vir, así la llamabamos cariñosamente desde el instituto, trabajaba en una de las tiendas que la firma Loewe tenía en la Milla de Oro madrileña y la joyería en la que yo había comprado el reloj quedaba solo a un par de calles de distancia. Si no hubiera sido por ella toda la sorpresa se hubiera estropeado, ya que a las horas que había conseguido salir de la oficina la tienda estaba cerrada y tres días después era el día de Navidad. Además, esa misma noche salíamos para Sierra Nevada, íbamos a pasar esa primera semana de fiestas con la hermana de Aarón, su marido y los niños en una casa que habían alquilado cerca de la estación de esquí.

Enterré la cara hasta la nariz en la bufanda, intentando mitigar un poco los efectos de las temperaturas heladoras que nos estaba regalando el invierno desde principios del mes de Noviembre, y zigzagueé entre la gente apretando el paso; para ser las nueve de la noche de un lunes las calles estaban muy concurridas, clara consecuencia de que estábamos en

víspera de fiestas.

Había quedado con mi amiga en un local muy coqueto cerca de la Gran Vía, el Café de la Luz; un sitio de lo más singular y encantador, con una decoración muy variada que combinaba distintos tipos de sofás, mesas, sillas y lámparas vintage, y estanterías repletas de libros. Para rematar tenían una excelente carta que incluía desde exquisitas tartas y bizcochos, pasando por sus sabrosos quichés y sándwiches, hasta terminar en una excelente selección de ginebras Premium, todo ello armonizado con una música inmejorable.

Crucé la puerta y busqué con la mirada a Virginia por las diferentes mesas. Distinguí su inconfundible melena rubia al fondo del local, delante de uno de los ventanales que daban a la calle. Estaba sentada en un butacón de cuero ante una mesa redonda, decapada en blanco y con patas que terminaban en garras. Sobre la mesa había una taza, que supuse contenía un cappuccino, y un plato con lo que quedaba de una porción de bizcocho.

Avancé por entre el resto de mesas hasta llegar a su altura.

— ¡Hola!

Vir levantó la vista de la revista que estaba hojeando, con una sonrisa.

— Aquí está la próxima nominada a la mejor esposa del año —se puso en pie un instante para abrazarme.

Le devolví el cariñoso abrazo y me deshice de la bufanda y el abrigo, que solté sobre un banco adosado a la pared bajo el ventanal. Tomé asiento en una butaca, enfrente de ella.

— No sé si tienes muy claro el significado del concepto <<escaparse antes del trabajo>> —bromeó dando un sorbo a su café—. Para las personas normales salir a más de las ocho de la tarde suele incluirse en la categoría hacer horas extra.

—Ya me gustaría poder salir a horas normales, pero con el nuevo proyecto que me han asignado es imposible —suspiré resignada y le hice una seña al camarero para que viniera a tomarme nota.

Llevaba un año trabajando en Grupo RS, una consultoría industrial, especializada en reducir los costes de los procesos clave en las empresas, en especial en producción. Tras ocupar varios puestos de becaria al salir de la Escuela de Ingenieros Industriales y el paso fugaz por otra empresa especializada en la venta de equipos tecnológicos, de la que lo único que me llevé al marcharme fue un mal sabor de boca, me topé con la oferta de empleo para un consultor junior en mi actual empresa. Tras varias

entrevistas, superé el proceso de selección siendo la afortunada candidata que la empresa había elegido para cubrir la vacante. El sueldo era correcto, nada fuera de lo normal, lo que no era sorprendente en los tiempos que corrían, y tendría que trabajar muchas horas, pero era una gran oportunidad.

—Por cierto, ¿acabas de insinuar que no soy normal? —protesté con fingida indignación.

—No lo he insinuado, lo he afirmado —se burló mi amiga—. Eres inteligente y, a la vez, divertida y guapa. Te las has apañado para sacar la carrera con buenas notas sin dejar de salir con tus amigas. Y sigues con tu novio del instituto, sin que el tiempo haya hecho que vuestra relación se vuelva aburrida y predecible; más bien lo contrario, sois la personificación de la felicidad y la compenetración. No es que no seas normal, es que eres una especie en extinción —aseguró divertida.

Sonreí a su comentario mientras echaba el azúcar en mi té y recordaba el día en que Aarón se había declarado, hacía ya diez años.

Era el último año de instituto. Aarón y yo nos conocíamos de vista, pero nunca hasta ese momento habíamos coincidido. Fue a raíz de unas clases de laboratorio en las que el destino, o más bien el profesor de la asignatura, nos asignó como compañeros, que empezamos a tener relación. Conectamos enseguida, era un chico muy divertido y, por qué no decirlo, bastante guapo. Pasamos todo el curso tonteando, pero sin llegar más allá. Para el último día de clases, yo ya daba por perdida la ocasión; había llegado a la conclusión de que la atracción que sentía debía de ser unilateral.

Un grupo de compañeros habíamos salido a tomar algo para celebrar que dejábamos atrás otra etapa y pronto empezaríamos la universidad. En ese grupo estaba Aarón, por supuesto.

Al final de la tarde seguíamos como al principio. Habíamos hablado, reído, incluso bailado y nada más. Me despedí de todos mis amigos y Aarón se ofreció a acompañarme a casa. Una pequeña luz de esperanza se iluminó en el horizonte, quizá no estaba todo perdido.

Hicimos casi todo el camino en silencio, caminando uno al lado del otro, cerca, pero sin tocarnos. Cuando llegamos a mi portal nos detuvimos. Aarón estaba delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos, parecía un poco nervioso. Yo por mi parte estaba histérica. Y de repente, todo se derrumbó de nuevo. Aarón se despidió con un beso en la mejilla y deseándome muy buena suerte en la facultad. Yo con una sonrisa prefabricada, que nada tenía que ver con cómo me sentía en ese

momento, le devolví sus buenos deseos y entré en mi portal.

Subí corriendo las escaleras, deslicé la llave lo más rápido que pude en la cerradura y entré en mi casa. Una vez dentro, cerré la puerta tras de mí y, al borde de las lágrimas, me deje caer contra ella, desilusionada y más triste de lo que nunca me había sentido. El timbre sonó y pensé que sería mi hermano Nacho que se había olvidado las llaves otra vez. Inspiré para serenarme y abrí la puerta. Allí estaba Aarón. Seguía con las manos en los bolsillos y pasaba el peso de un pie a otro. Abrí la boca para preguntarle que hacía ahí, en la puerta de mi casa, pero mi simple movimiento le hizo reaccionar y atropelladamente comenzó a hablar y a decirme que no se imaginaba no verme todos los días, no poder hablar conmigo ni mirar mi preciosa sonrisa. Que me necesitaba y me quería en su vida, siempre. Y así había sido desde entonces. Juntos, siempre.

Virginia me sacó de mi abstracción poniendo un paquete encima de la mesa. Observé el envoltorio con una sonrisa nerviosa.

— ¿Lo has visto?

—Sí.

— ¿Y? —quería saber la opinión de mi amiga.

— Es precioso, Val. Pero ¿no te parece que te has pasado un poco?

—Aarón se lo merece —fue la respuesta que salió de mi boca.

Me despedí de Virginia deseándole unas felices fiestas y me dirigí a mi casa. Aparqué el coche en el garaje, nerviosa, pensando en el paquete que llevaba en el bolso; tenía que esconderlo sin que Aarón se diera cuenta.

Entré en casa y me sorprendió que las luces estuvieran apagadas. Aarón todavía no había llegado, seguramente se habría entretenido en el gimnasio. Colgué el bolso y el abrigo y fui a nuestra habitación, tenía que encontrar un buen escondite para el reloj. Al encender la luz un gran sobre de papel color crema destacaba encima de la colcha azul satinada que cubría la cama. Estaba apoyado sobre mi almohada. Lo cogí con una sonrisa. Seguro que era alguna sorpresa de Aarón. Abrí el sobre y saqué los pliegues de papel con cuidado. En la primera hoja pude distinguir su caligrafía:

“Hola Val,

Solo puedo comenzar pidiéndote perdón por lo que voy a hacer. Me marcho. Me siento perdido y necesito encontrarme. No te culpes ni te rompas la cabeza dándole vueltas, no tiene nada que ver contigo. No espero que me perdones, solo que consigas rehacer tu vida y seas feliz. Te lo mereces.

Aarón.

PD. He dejado la dirección de mi abogado. Él tiene las indicaciones para dejar solventados todos los asuntos legales que nos unen y que puedas seguir adelante sin mí."

Aún confundida volví a leer la carta, tenía que ser una broma. Miré el resto de hojas: una demanda de divorcio, ya firmada, y una tarjeta con los, ya anunciados, datos de un abogado.

Corrí al bolso y cogí el móvil. Con dedos temblorosos busqué el número de Aarón y presioné el icono de llamada. Una voz me indicó que ese número no pertenecía a ningún abonado. Repetí la operación con el mismo resultado.

Volví de nuevo a la habitación y comprobé que su ropa no estaba en el armario. De pronto me di cuenta de que aún sostenía la pequeña bolsa de la joyería en la mano. Las piernas me fallaron y me derrumbé en el suelo con el rostro empapado en lágrimas. No era una pesadilla. Me había abandonado.

Capítulo 2

Uno

"Y ahora toca entender, qué hacer con tanto daño.

Y ahora toca aprender, cómo dejar de querer"

Dani Martín

Madrid, nueve meses después.

Daba vueltas entre la multitud de cajas que poblaban el suelo del apartamento, soltando juramentos y recriminándome no haber especificado con suficiente detalle el contenido de cada una. Al fin y al cabo, no era ninguna experta en mudanzas, solo había hecho una antes y lo único que me había llevado fue mi ropa y algunos libros, el resto de mis cosas aún seguían ocupando espacio en casa de mis padres. La vez anterior me mudaba a vivir con Aarón. Aarón… Borré con rapidez ese pensamiento de mi mente y seguí buscando.

Finalmente di con la caja que quería, abajo del todo de una pila. La abrí y saqué mis zapatillas de correr. Una de las razones que me había convencido de forma definitiva para mudarme de piso era que este estaba muy cerca del Retiro y podría salir a correr por el maravilloso parque todas las mañanas. Lo cierto era que el traslado suponía toda una serie de ventajas, pero me costó decidirme a dar el paso y romper ese último vínculo con mi antigua vida.

El apartamento era un espacio de techos altos, aunque abuhardillados, de unos sesenta metros cuadrados. Se ubicaba en el último piso de un edificio de líneas Neoclásicas, muy céntrico. Estaba recién reformado y se dividía en un pequeño recibidor que daba paso a un luminoso salón con grandes ventanales, una cocina, no muy grande, pero totalmente equipada, un aseo y la habitación principal con un coqueto baño en suite. Los suelos los habían revestido en madera oscura de nogal y contrastaban con el blanco inmaculado de las paredes dándole un aire sofisticado al lugar. Para mi suerte el alquiler era más que razonable, ya que pertenecía a la mejor amiga de mi hermano Nacho, que se acababa de mudar a Londres, y prefería que lo ocupase alguien de confianza. Además me pillaba muy cerca de la oficina, lo que implicaba menos madrugones y menos atascos.

Salí del portal, me puse los cascos de mi IPod y comencé un trote muy suave dando tiempo a mi cuerpo a adaptarse al ejercicio. Eran las siete y

media de la mañana y a esa hora el tráfico aún era fluido. A pesar de ser tan temprano la temperatura era suave; el recién estrenado otoño estaba siendo benevolente regalándonos todavía días bastante cálidos.

Una vez hube traspasado la verja de entrada al Retiro aceleré el paso. Me envolvió el olor que desprendían los arboles y las diferentes plantas, húmedas aún por el rocío de la mañana. En esos instantes, rodeada de naturaleza, mi cuerpo pulsando por el ejercicio físico, una enorme sensación de paz me invadía, de tal manera, que me transportaba fuera de la realidad. Mi mente quedaba vacía de toda preocupación y se centraba, únicamente, en la próxima zancada.

Giré por una de las sendas, concentrada en mi respiración para mantener el ritmo. De repente, me encontré, literalmente, por los suelos. Levanté la vista y mi mirada se topó con un muro de anchos hombros y casi un metro noventa. Sus ojos azules me miraban severos bajo un ceño fruncido.

Me tendió la mano para ayudar a levantarme y yo la acepté. Terminé de ponerme en pie y sacudí las palmas de mis manos para quitarme los pequeños granos de arena que se me habían clavado. El coloso, que aún no había abierto la boca, seguía observándome con gesto serio.

Su actitud comenzó a irritarme y de un plumazo hizo que me olvidara de mi estado zen.

—Al menos podría disculparse —espeté malhumorada, cruzándome de brazos en señal de espera.

— ¿Por qué? Yo no soy el que voy atropellando a la gente por no mirar por dónde va —repuso con un ligero acento extranjero.

—Se llama educación. Es algo que tienen las personas civilizadas y la suelen usar cuando interactúan con los demás —lo increpé. Su impertinencia me había cabreado.

—Veo que usted solo debe conocer la definición —replicó con calma.

Eso ya era el colmo. Mi enfado crecía por segundos como una bola de fuego que arrasaba todo lo que encontraba a su paso. Sin embargo, no era el momento ni el lugar, además de ser una total pérdida de energía discutir con un desconocido, sin motivo, por muy maleducado que este fuera. Así que decidí que lo mejor que podía hacer era irme de allí. Respiré hondo, puse una sonrisa falsa y, con tono irónico, dije al pasar por su lado:

—Ha sido un placer.

Por el rabillo del ojo vi cómo arqueaba una ceja.

—Yo no diría tanto.

Lo dijo en un murmullo, pero lo escuché mientras me alejaba; me pareció que su voz contenía un casi imperceptible matiz de diversión. Conté hasta diez para evitar volver y contestarle y seguí caminando de vuelta al apartamento.

Las nueve y cuarenta. Miré el reloj en el salpicadero de mi Toyota Prius por cuarta vez desde que había salido de casa. Llegaba tarde.

A esas horas mi mal humor alcanzaba ya cotas alarmantes. La mañana no podía haber comenzado peor. Primero fue el encontronazo con el desconocido del Retiro. Luego en el apartamento, el agua caliente había decidido no funcionar, así que no me quedó más remedio que ducharme con agua fría. Y para rematar, no pude encontrar el secador de pelo en ninguna de las cajas, por lo que, además de perder un tiempo precioso buscándolo, tuve que dejar que mi cabello se secara al aire y el resultado era que lo que de forma habitual se veía como una larga y lisa melena morena se hubiera transformado en un mar de ondas que restaba una pizca de formalidad al aspecto profesional y seguro que quería transmitir ese día.

Esa mañana teníamos una importante reunión con un cliente potencial y la noche anterior había estudiado mi imagen con cuidado, buscando cierto efecto. Elegí mi ropa con esmero: blusa de seda blanca, con cuello redondo y sin mangas; falda de tubo por debajo de la rodilla, gris antracita; y una chaqueta ligera de suave angora gris perla, con manga francesa. Completaba el conjunto con zapatos negros de tacón, de piel de serpiente, y unos pendientes en forma de lágrima, en oro blanco. Todo estaba perfecto, sin embargo mi pelo... Me miré en el espejo retrovisor y decidí recogerlo en una coleta alta, al menos así disimularía el caos de rizos.

Estacioné el coche lo más rápido que pude en la plaza de aparcamiento y me dirigí al ascensor que llevaba a las oficinas de AvanC.

Ese era otro de los cambios que se habían producido en mi vida en los últimos nueve meses. Mi hermano Nacho había decidido asociarse con dos de sus mejores amigos para crear su propia empresa. AvanC nació con la vocación de ayudar a otras empresas, tanto a buscar nuevas inversiones, como a optimizar las que ya tenían. Cada uno de los socios de AvanC estaba especializado en un área de empresa: Nacho era el experto en

financiero y fiscal, Martín hacía su magia en marketing y comercial y Laura reinaba en recursos humanos. Les faltaba alguien para organización de procesos productivos y pensaron en mí, ofreciéndome unirme a ellos como un socio más.

De todas las decisiones que había adoptado en los últimos meses, dejar mi trabajo en Grupo RS fue la que menos me costó. Adoraba a Laura y a Martín, eran casi como familia para mí, y me ilusionaba poder trabajar con mi hermano. Así mismo, me vendría bien un reto, algo en lo que centrarme y volcar toda mi energía y mis esfuerzos.

Hasta la fecha, consideraba que la decisión había sido acertada. Los últimos cinco meses me notaba más centrada e ilusionada y nunca me había sentido tan gratificada, como en ese momento, en un trabajo.

Abrí la puerta y Eva, que era nuestra administrativa, aunque también hacía las veces de recepcionista, me saludó con una sonrisa.

— ¿Ya han llegado? —pregunté apurada.

—Sí, están en la sala de reuniones con tu hermano.

Caminé por el pasillo todo lo rápido que mis tacones me lo permitieron y de pasada por mi despacho entré y solté el bolso sobre la mesa. A toda prisa, me dirigí a la sala de reuniones.

La sede de AvanC estaba ubicada en la decima planta de un moderno edificio de oficinas rematado con una magnífica fachada de cristal. El espacio del que disponíamos era lo suficientemente amplio para contener la recepción, cuatro pequeños despachos y la sala de juntas. Esta última estancia era, sin duda, la más espaciosa y la que gozaba de mejores vistas, con los inmensos ventanales que iban del suelo al techo. La impresión que transmitía, en un primer momento, era de profesionalidad y elegancia, el cristal y el acero causaban ese efecto. Pero una vez que penetrabas en su interior los sillones de cuero y los cuadros en colores cálidos le restaban rigidez, dándole un aire más acogedor.

Me detuve unos instantes en la puerta para cerciorarme de que estaba presentable y respirar hondo. Llamé suavemente con los nudillos y la voz de mi hermano me indicó que pasara.

Dos hombres ocupaban la sala junto con mi hermano. El primero de ellos se encontraba de pie frente al amplio ventanal. No pude evitar fijarme en cómo el traje, impecablemente cortado, envolvía un cuerpo fuerte y bien proporcionado. Nacho charlaba de forma relajada con el otro hombre, sentados a la mesa de juntas. Era un tipo de unos cincuenta y tantos.

Moreno de pelo y piel, tenía un rostro atractivo y amable.

— ¡Valeria! Llegas justo a tiempo —exclamó Nacho nada más verme.

Caminé hasta ellos con una sonrisa y me detuve al lado de mi hermano.

—Anthony Davis, ella es Valeria Peñalver, mi hermana y nuestra experta en organización —Nacho me rodeó los hombros con un brazo protector—. Justo acabamos de revisar el informe preliminar que has redactado y los resultados que expones en él son muy alentadores. Le estaba comentando a Anthony el gran trabajo que vas a hacer en su compañía.

—Eso esperamos —repuso el otro hombre en tono cordial, estrechándome la mano—. Es un placer, señorita Peñalver —señaló con un gesto hacia mi derecha—. Permítame que le presente a Derek Blackwell.

Me giré y la sonrisa se me heló en los labios al ver de nuevo esos ojos azules observándome. Esa mañana no le había reconocido vestido con ropa deportiva y en un ambiente ajeno a la imagen que tenía de él. <<Cómo podía ser tan estúpida>>. Recobré la compostura como pude e intentando mantener una expresión educada le tendí la mano a modo de saludo.

—Encantada de conocerle —casi me atraganté al pronunciar las palabras.

Derek Blackwell arqueó una ceja, burlón, y estrechó mi mano. Su apretón fue firme y cálido al mismo tiempo y envió una descarga por todo mi brazo que le hizo a mi estómago encogerse. Por suerte, su colega habló de nuevo permitiéndome recuperar algo del aplomo con el que había accedido a la sala y que se había evaporado, en un instante, con un simple roce de aquel hombre que no apartaba su indescifrable mirada de mí.

—Bueno, Ignacio, espero entonces que nos hagáis llegar el contrato con las modificaciones y la hoja de ruta, a más tardar, a primera hora de la tarde —concluyó, dando así la reunión por finalizada.

—Por supuesto, Anthony. Ahora mismo nos ponemos con ello —estrechó la mano que el otro hombre ofrecía—. Y no dudéis de que quedareis más que satisfechos con los resultados y, en especial con Valeria —esta vez se dirigió a Derek.

—Estoy seguro de ello, Ignacio.

No supe por qué, pero ese simple comentario dicho por Derek Blackwell hizo que me recorriera un escalofrío. Todavía podía sentirlo cuando se

volvió hacia mí.

—Señorita Peñalver.

De nuevo estrechó mi mano y yo me quedé mirando cómo salía por la puerta de la sala de juntas con paso seguro.

Aún me sentía ligeramente aturdida cuando mi hermano se abalanzó sobre mí.

— ¡Lo tenemos, Val! El contrato con Blackwell ya es nuestro —me levantó y giró conmigo en sus brazos.

Sabía lo importante que era esa operación para AvanC. Todo el equipo llevábamos meses trabajando en ella. Si salía bien, sería una oportunidad inmejorable de hacernos un hueco en el mercado. La familia Blackwell era conocida por el buen nombre del que sus hoteles, al otro lado del charco, eran merecedores. Estaban asentados en varias de las más importantes ciudades de Norteamérica, incluidas Chicago y Nueva York. Su apellido era sinónimo de calidad, lujo, exclusividad y, también, de un alto grado de exigencia. Sin lugar a dudas, que nuestro trabajo satisficiese sus expectativas sería una publicidad inmejorable para nuestra joven empresa.

—No pareces muy contenta —comentó mi hermano ante mi aparente falta de entusiasmo.

—Claro que sí, no seas tonto —me sacudí el desconcierto que todavía me embargaba por mi reacción ante Derek Blackwell y le ofrecí una de mis mejores sonrisas—. Es solo que no me esperaba que fuesen a firmar tan rápido.

—Nuestro enfoque les ha parecido innovador. Según sus propias palabras eso era lo que estaban buscando. Derek Blackwell me ha sorprendido. Tiene muy claro lo que quiere y, sin duda alguna, cómo conseguirlo. Es un tipo inteligente y muy intuitivo.

Me abstuve de hacer ningún comentario. Tampoco quería analizar la información que me estaba dando mi hermano en ese instante. La almacenaría en algún lugar de mi cabeza y la revisaría con más calma después.

—Bueno, esto hay que hacerlo oficial. Esta noche ponte guapa, hermanita, porque vamos a celebrarlo por todo lo alto.

Me besó y salió silbando de la sala de juntas, contento como un niño con

zapatos nuevos.

Dejé caer el informe sobre mi mesa. Era la cuarta vez que lo leía, pero parecía que mi mente se negaba a sacar algo lógico de todas esas hojas llenas de datos. Estaba segura que ese estaba siendo el día menos productivo de toda mi carrera laboral. Por más que intentaba concentrarme mis pensamientos volvían una y otra vez sobre esos inquietantes ojos azules. Sabiendo que sería imposible hacer algo útil me di por vencida.

Derek Blackwell. El desconocido al que había tenido la tentación de estrangular en el Retiro era Derek Blackwell. El destino tenía un peculiar sentido del humor.

Repasé mentalmente lo que sabía del chico de oro de la industria hotelera. Tenía 36 años y era el futuro heredero del imperio que llevaba su apellido. Pero no era solo cuestión de sangre, había demostrado su valía con creces creando un nuevo concepto para los hoteles Blackwell que aunaba imagen y experiencias, llevando al cliente a un nuevo nivel y posicionando sus establecimientos entre los mejores del mundo.

Ahora trabajaba en un nuevo proyecto —de ahí surgía la colaboración con nuestra empresa—, la renovación de dos pequeños hoteles en tierras españolas. Nacido en Nueva York, de padre estadounidense y madre española, Derek acababa de heredar por parte de la rama materna de la familia dos edificios, que aunque hoy en día ostentaban la calificación de hoteles, no tenían nada que ver con lo que la cadena Blackwell representaba. Su reto era crear algo nuevo con ellos que se adaptase a los estándares de excelencia que regían todos sus establecimientos, pero con un estilo diferente. Y ahí entrábamos nosotros. La reestructuración se haría a todos los niveles y se utilizarían los recursos específicos de cada zona en la que se encontraban situados, combinados con las nuevas tecnologías y el lujo y el confort más exclusivos, para hacerlos únicos.

Mi labor era más técnica que otra cosa, consistiría en conocer los procesos y los recursos usados en cada establecimiento para mejorarlos y adaptarlos a los nuevos estándares de eficiencia y calidad, y para ello tendría que visitar todos los establecimientos. Lo haría acompañada de alguno de los ejecutivos de Blackwell.

Por lo que yo sabía, solo tendría que volver a ver a Derek Blackwell para la exposición de mi informe final. Eso me tranquilizaba en gran medida. Todavía no había querido pararme a examinar los posibles motivos de las sensaciones que me habían asaltado esa mañana en su presencia. Tenía que concederle que era un tipo muy atractivo: su rostro era anguloso y muy varonil, llevaba el cuidado cabello castaño bastante corto y tenía esos

ojos azules… No obstante, una cara bonita nunca me había hecho perder la cabeza. Decidí que no iba a continuar dándole vueltas, al fin y al cabo, solo tendría que verle un par de veces más, con suerte quizá solo una. Más relajada apagué mi ordenador y me dispuse a regresar a casa y seguir las instrucciones de mi hermano: prepararme para una noche de celebración.

La noche estaba siendo formidable. La cena había sido fantástica. Laura nos llevó a un restaurante japonés que quedaba muy cerca del Auditorio Nacional. Estaba ambientado como si fuese un jardín, con sus almendros en flor y sus fuentes, toda una maravilla, y la comida era increíble. Después decidimos ir a tomar unas copas. Empezamos en el Bristol Bar, con su look British de paneles de madera oscura y tapicerías rojas. Nos abrimos paso entre la gente y nos acomodamos en uno de los muchos sofás que poblaban el local. Nacho y Martín estaban sumidos en su conversación por lo que Laura y yo decidimos levantarnos a por las copas.

Buscamos un hueco en la barra y esperamos a que alguno de los camareros se percatara de nuestra presencia. Cuando uno se acercó le pedimos cuatro Gin Tonics. Mientras esperábamos a que los preparase, un chico se apoyó a mi lado.

— ¡Hola! —su saludo venía acompañado de una bonita sonrisa.

— ¡Hola! —le respondí a su vez con una sonrisa educada.

— Me gustaría invitarte a una copa. ¿Quieres tomar algo conmigo y charlar un rato?

Me miraba a los ojos y podía notar en sus gestos que estaba un poco avergonzado. Parecía muy dulce.

—Lo siento, pero he venido con unos amigos. Estamos celebrando algo —lo rechacé cortésmente.

Una pequeña mueca de decepción se reflejó en su rostro.

—Bueno, quizá en otra ocasión —apuntó su número de teléfono en una servilleta y me lo entregó con otra preciosa sonrisa.

Pagamos las consumiciones y volvimos a la mesa. Nos sentamos y noté que Laura me miraba con un ligero ceño.

— ¿Qué? —pregunté inocentemente.

— ¿Cuándo vas a dejar de ahuyentar a todos los hombres que se te acerquen?

—No los ahuyento, solo los rechazo —puntualicé—. No estoy interesada en tener una relación.

—Ni una relación, ni una aventura... si ni siquiera les das la simple oportunidad de invitarte a un café —replicó mi amiga.

—Ya te lo he dicho, no estoy interesada —di un sorbo a mi copa.

—Val, cielo, han pasado ya nueve meses. Tienes que seguir con tu vida —su tono reflejaba preocupación—. No siempre tiene por que salir mal.

— ¿Y no crees que he seguido con ella? Todos los días me levanto, salgo a correr, voy al trabajo. Los fines de semana quedo con vosotros o con Virginia y las chicas. ¿Qué más piensas que necesito? —no era la primera vez que teníamos está conversación y empezaba a estar cansada de escuchar lo mismo—. ¡Si hasta me he mudado de casa!

—Todo eso está muy bien, pero hay más cosas en la vida.

—No vayas a decirme qué el amor es una de ellas —advertí—. Es un concepto precioso para las novelas y las películas románticas, pero en la vida real es algo efímero, si es que llega a existir.

Laura negó con la cabeza dándose por vencida.

—Espero que algún día conozcas a la persona adecuada que te haga recuperar la confianza en los demás y te des cuenta de que estabas equivocada —me dijo con cariño, apretándome la mano.

Puse los ojos en blanco y sonreí mentalmente, podía esperar sentada, para mí eso eran cuentos de hadas, no pensaba volver a permitir que nadie se acercase tanto como para tener el poder de hacerme pedazos de nuevo.

Capítulo 3

Dos

La voz de Laura me hizo levantar la cabeza del montón de papeles que tenía sobre la mesa.

— ¿Se puede?

—Claro —me froté los ojos. Los notaba cargados, llevaba varias horas sin levantar la cabeza de esos informes.

Laura se sentó en uno de los sillones al otro lado de mi mesa y me pasó una taza de té americano.

—Tú sí que sabes cómo hacerme feliz —le guiñé un ojo cogiendo la humeante taza.

— ¿Qué? ¿Cómo vas? ¿Lo tienes todo listo?

—Sí —exhibí una sonrisa deslumbrante.

Llevaba varias semanas repasando informes del proyecto Blackwell y ya podía decir, sin duda alguna, que lo tenía todo organizado para el trabajo de campo, que inicialmente consistiría más en observar que en otra cosa.

En dos días tendría que estar en el primero de los establecimientos que iba a visitar y allí me encontraría con la persona que Blackwell Hotels había asignado para que me acompañara en el resto del viaje.

Me quité el bolígrafo que sostenía mi cabello en un moño desordenado en la nuca y me recosté en la silla dispuesta a disfrutar de mi té. Laura, con una enigmática sonrisa, dejó caer encima de mis papeles varias hojas grapadas.

— ¿Qué es esto? —pregunté mirando la pequeña pila.

—La planificación del viaje —repuso ella con media sonrisa.

—Gracias, pero ya la tengo impresa —hice el ademán de devolverle el documento.

—No, esta es nueva —me informó.

Alcé las cejas interrogante mientras cogía las hojas. Laura se mordía el labio, divertida, esperando mi reacción. Comencé a leer y para cuando

terminé tenía el ceño fruncido y un nudo de nervios en el estómago.

—Es una broma, ¿no?

Laura negó con la cabeza, ya sin poder disimular su regocijo.

—Tu cicerone por parte de nuestro cliente va a ser el mismísimo Derek Blackwell —exclamó entusiasmada.

Estaba empezando a pensar que debí hacer algo muy malo en una vida anterior y esta era la manera en que el karma me lo hacía pagar. No quería ver a Derek Blackwell, mucho menos tenerle como mi sombra durante el tiempo que durasen las visitas a los hoteles y de ninguna manera quería viajar con él.

Había planeado utilizar mi coche para desplazarme, me parecía lo más práctico; los hoteles que Blackwell había heredado estaban situados en enclaves poco céntricos. Además, disfrutaba conduciendo; me relajaba el correr de los kilómetros, la soledad, la música. Mas, en las hojas de viaje que tenía en la mano, habían dispuesto que viajara con el Sr. Blackwell, <<en su mismo transporte>>. Un coche me recogería en mi casa y desde ahí partiríamos hacia nuestro primer destino.

—Contente, chica. Tanta emoción te va a matar —dijo Laura irónica al ver mi mohín de disgusto.

—No me gustan los cambios de última hora y no me gusta que nadie me organice.

Estaba enfurruñada como una niña pequeña, lo único que me faltaba era patalear.

— Pero, Val, ¿no ves que es genial? Hemos debido impresionarle mucho para que Míster Maravilla (era uno de los apodos que usaba la prensa de su país para referirse a él) te acompañe en carne y hueso. Bueno, más bien en músculo y hueso porque es francamente imponente —aseguró—. El día que me tuve que reunir con él, te juro que cuando lo vi, casi se me olvidó cómo respirar.

La parte racional de mi cerebro me decía que era solo un asunto laboral y que Laura estaba en lo cierto, era una buena señal que se ocupase él personalmente. Sin embargo, otra parte, más insidiosa, insistía en recordarme su mirada y en que los tipos como él nunca hacían las cosas por motivos simples.

—Y quién sabe, puede que estar cerca de tanta testosterona en estado puro te saque de tu letargo —concluyó mi amiga y socia con tono pícaro

mientras se levantaba del sillón.

El bolígrafo que me había quitado del pelo y todavía sostenía en la mano, voló por los aires e impactó contra la puerta que se cerraba tras su rápida salida de mi despacho. Escuché su risa desde el pasillo y no pude evitar sonreír, mejor tomárselo con humor: <<si la vida te da limones, pues haz limonada>>, me dije. Intentaría aprovechar la oportunidad de trabajar con alguien tan brillante cómo Derek Blackwell para aprender algo y quién sabe, lo mismo conseguía impresionarle con mi trabajo.

El miércoles a las nueve de la mañana, esperaba impaciente, caminando de un lado a otro del salón del apartamento, con todo mi equipaje listo, la llegada del coche que se suponía que Blackwell Hotels iba a enviar para recogerme. La pasada noche no había conseguido dormir mucho; no sabía por qué, pero estaba nerviosa. Bueno sí que lo sabía, el encuentro con Derek Blackwell me alteraba. El día anterior, tras salir de la oficina, había ido a correr y después me había sumergido en la bañera durante largo rato. Tras ello había cenado ligero y al acabar había puesto un poco de música suave mientras intentaba leer un libro para ver si así lograba evadirme un rato. Traté de relajarme por todos los medios, aún así, cuando me metí en la cama no podía conciliar el sueño. El resultado era que en ese momento me encontraba nerviosa e irritada y eso suponía una mala combinación.

El timbre del portero automático sonó y rápidamente indiqué que ya bajaba. Cogí la maleta, la bolsa con el portátil y los informes, y el bolso. De un vistazo revisé que todo estaba en orden y me dispuse a salir. Abrí la puerta con tal ímpetu que si el hombre trajeado que estaba al otro lado no me hubiese sostenido hubiera chocado contra él.

— ¿Srta. Peñalver?

—Sí —contesté un poco sorprendida, mientras sujetaba el asa de la bolsa donde llevaba el ordenador que se había empeñado en resbalar constantemente de mi hombro.

—Mi nombre es Alberto y voy a ser su conductor —alargó la mano para cogerme el ordenador y la maleta—. ¿Me permite?

Le cedí los bultos sin decir una palabra y lo seguí hasta el ascensor, cuya puerta mantuvo abierta para que yo pudiese pasar, a pesar de que el que iba cargado era él. << Parte del trabajo>>, pensé.

Una vez llegamos a la calle, depositó mi equipaje en la acera al lado de un flamante Mercedes clase S negro. Tenía las lunas tintadas por lo que no

podía ver si Míster Maravilla estaba dentro.

Esperé lo más quieta que pude para disimular los nervios que en ese instante me recorrían como una corriente eléctrica. El chofer se acercó y abrió la puerta invitándome a entrar. Yo me incliné, tensa, preparada para encontrarme de nuevo con esa acerada mirada azul, pero no fue así pues el lujoso interior del coche se hallaba vacío

Un tanto confusa me acomodé en el confortable asiento de cuero algo más relajada ante su inesperada ausencia, aunque, para mi desgracia, también un poco decepcionada, según advertí. En lo referente a ese hombre mi mente y mi cuerpo iban por libre, sentían lo que querían, cuando querían, y además sin ninguna lógica; parecía que yo no tenía ningún control consciente.

Por la dirección que estábamos tomando intuí que nos dirigíamos al aeropuerto, ya que eso era lo que figuraba en el plan de viaje que me habían hecho llegar. Tras un rato mirando el paisaje madrileño no pude aguantar más la curiosidad.

— Alberto, ¿vamos al aeropuerto?

—Sí, señora. De allí viajará en avión hasta Vigo —respondió de forma eficiente.

No obstante, seguía sin tener la información que realmente me interesaba.

— ¿El Señor Blackwell volará conmigo? —le imprimí a la pregunta el tono más profesional que pude.

— No, lo siento. Al Señor Blackwell le ha surgido un contratiempo de última hora y se reunirá con usted en el hotel —me dedicó una sonrisa amable.

Bien, así que viajaría sola.

Ya en el aeropuerto, Alberto se aseguró de que un mozo llevase mi equipaje hasta la puerta de embarque. Una vez me hubo entregado una carpeta con toda la información referente al vuelo y al traslado al hotel desde el aeropuerto de Vigo, se despidió deseándome un buen viaje.

El vuelo resultó catártico. En un principio había estado un tanto molesta porque hubieran cambiado mis planes de viaje para, al final, hacerme viajar sola igualmente. Luego decidí que era mejor así. Me dio tiempo a centrarme y ordenar mis pensamientos. Ya no era una niña, tenía veintiocho años y era una buena profesional. No pensaba dejarme impresionar ni intimidar por nadie. Mantendría nuestras interacciones, en

todo momento, dentro de un tono profesional, terminaría mi trabajo y volvería a Madrid y a mi vida lejos de Derek Blackwell.

Con las ideas claras y sintiéndome otra vez al mando de la situación bajé del avión. En el aeropuerto de Vigo me esperaba otro chofer que me llevaría hasta el primero de los establecimientos que íbamos a visitar.

La Casa Antigua era una impresionante construcción del siglo XVIII, ubicada en una finca de más de una hectárea, en un paraje rodeado de naturaleza, bordeado por un pequeño rio. Inicialmente se había utilizado como batán de lana y posteriormente como aserradero. A principios del siglo veinte la familia materna de Derek Blackwell compró el terreno con lo que quedaba del edificio, que se encontraba medio en ruinas. Posteriormente lo restauraron y lo convirtieron en un hotel.

Cuando el coche se detuvo me tomé un momento para admirar el paisaje a mi alrededor. Estaba claro que los antepasados maternos de nuestro nuevo cliente habían tenido buen olfato para los negocios. El edificio era majestuoso. Construido con la piedra típica de la zona, estaba formado por varias naves rectangulares que se unían entre sí.

La fachada se veía interrumpida a intervalos regulares por ventanales bajo los cuales colgaban coloridos macizos de flores. Y en algunas partes, el muro se encontraba recubierto de hiedra.

Seguí al chofer que se detuvo en recepción con mi equipaje. Nada más verme, el recepcionista me recibió con gran amabilidad.

—Buenos días, Srta. Peñalver. Es un placer darle la bienvenida a La Casa Antigua. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, gracias. Todo ha ido perfecto.

Tecleó en el ordenador y enseguida estuve registrada. Me entregó la llave de la habitación y me dio las indicaciones pertinentes mientras mis maletas eran llevadas hacia el ascensor.

—Supongo que deseará refrescarse y comer algo después del viaje —ofreció—. Nuestro director la está esperando, cuando esté lista solo tiene que avisarnos y alguien la acompañará hasta su despacho.

—Perfecto. Lo cierto es que no tengo mucha hambre, pero subiré a instalarme primero.

El chico asintió y me despidió con una amable sonrisa.

Subí en el ascensor hasta la segunda planta. Recorrí el pasillo observándolo todo. Sin duda el edificio tenía muchas posibilidades. En ese momento la decoración era una mezcla de piedra —los muros que daban al exterior se hallaban en bruto—, papel pintado y antigüedades que le daban un aire acogedor. Con la nueva remodelación se añadiría un toque de modernidad, no obstante, se mantendrían muchos de los elementos originales.

Introduje la tarjeta en el lector de la puerta de mi habitación y me encontré dentro de una amplia suite. La decoración era cálida, aunque para mí gusto un poco recargada. Predominaban los tonos azules y las maderas nobles. El dormitorio, con su inmensa cama, estaba separado de la sala de estar y zona de trabajo por un pequeño pasillo que desembocaba en una puerta de madera de dos hojas. Contaba con un baño inmenso, lleno de luz natural que entraba por un ventanal situado en la pared más alejada de la puerta, y con una ducha de proporciones excesivas, incluso para dos personas. Mi propio pensamiento me pilló desprevenida. Estaba claro que yo no iba a compartir ducha con nadie, así que... Sacudí la cabeza con una sonrisa y volví al dormitorio.

Una vez hube colocado todas mis cosas, pedí algo ligero al servicio de habitaciones. Tras haber comido, me di una ducha, me vestí y me dispuse a entrevistarme con el director del hotel.

Ricardo Lago resulto ser un hombre encantador y de lo más profesional. Rondaría los cincuenta años, era alto y bien parecido. Su trató había sido respetuoso, pero afable. Pasamos algo más de dos horas repasando el plan de trabajo y haciendo los ajustes necesarios para que mi visita interfiriera lo menos posible en el desarrollo normal de las funciones de los empleados y los servicios del hotel. Finalmente nos emplazamos para vernos en los días siguientes, ya que seguro necesitaría aclaraciones en algunas cuestiones.

Terminada la reunión con el director del hotel decidí que mi jornada laboral había concluido por ese día; al día siguiente comenzaría las reuniones con los diferentes jefes de servicio y departamentos.

Quería relajarme, había estado bastante tensa todo el tiempo esperando ver aparecer a mi anfitrión en cualquier momento. Sabía que mi actitud resultaba bastante absurda, pues era consciente de que tendría que tratar con él durante toda esa parte del proyecto. No obstante, no podía evitarlo, me estaba empezando a resignar a que mi sentido común fallase en todo lo relacionado con ese hombre. Además me había preparado tan a conciencia para ese primer enfrentamiento, que su ausencia esa mañana y el no saber cuándo ni cómo tendría que vérmelas con él me habían descolocado; en ese primer encuentro tenía la intención de dejar muy

claros los términos de nuestra relación.

De todas maneras viendo la hora que era y que aún no había dado señales de vida supuse que sus asuntos le habrían entretenido más de lo esperado y que no tendría que verle hasta la mañana siguiente por lo que podía estar tranquila.

Como ya era tarde para salir a correr me pareció una buena idea nadar un rato. El hotel contaba con una piscina cubierta que podía utilizarse durante todo el año. Subí a la suite y cambié mi formal ropa de trabajo por un bañador y un albornoz. Se podía acceder a la piscina directamente desde dentro del hotel, aunque esta se encontraba en un edificio aparte, adosado al final de una de las naves laterales.

Tomé el ascensor hasta el último piso y caminé por el silencioso pasillo. Atravesé las puertas y la cálida humedad del interior me envolvió como en un capullo. Los muros de piedra sostenían una estructura de madera con grandes vidrieras por donde penetraba la luz rosada del atardecer y de las paredes colgaban grandes faroles de latón con velas en su interior. Un rumor de música suave se oía de fondo. El lugar era un auténtico remanso de paz. Justo lo que yo buscaba.

Me deshice del albornoz y lo colgué de uno de los ganchos colocados en la pared. Dirigí mis pasos hacia la piscina y me detuve en el borde. La iluminación interior daba al agua un invitador tono azul cristalino.

Creía que estaba sola, pero un movimiento en el otro extremo de la líquida superficie me sacó de mi error. Observé con curiosidad. Mi sigiloso acompañante se deslizaba por el agua con unos movimientos fluidos, casi coreografiados, sin apenas hacer ruido, mientras avanzaba hacia mi posición.

Permanecí quieta hasta que se detuvo a mi lado y el anónimo nadador emergió en la figura de Derek Blackwell. Me tomó tan de sorpresa que di un paso atrás y tropecé. Si él no me hubiera sujetado me habría caído de culo, por segunda vez, en su presencia.

— ¿Está bien? —me sostenía con suavidad por ambos brazos y el frío de sus manos me hizo estremecer.

—Sí, gracias —me aparté sutilmente soltándome de su delicado agarre—. No sabía que había llegado ya —intenté por todos los medios no mirar cómo los músculos se tensaban bajo su piel húmeda mientras se secaba vigorosamente con la toalla que acababa de coger.

— ¿Le importaría que nos tuteásemos? —sugirió—, tanta formalidad me hace sentir como si se estuviera dirigiendo a mi padre en vez de a mí —se colocó la toalla alrededor del cuello y se sirvió un vaso de agua de una

botella que descansaba sobre una mesa.

Asentí con un movimiento de cabeza mientras mis ojos se deleitaban en el movimiento de su nuez al tragar.

—Siento no haber podido acompañarte en el viaje, pero unos problemas de última hora en Chicago me retuvieron. ¿Te han tratado bien?

—Sí, muy bien. Todo el mundo ha sido muy amable —noté cómo observaba mi cuerpo semidesnudo y me ruboricé.

—Bien, me alegro —afirmó— Pensaba enviarte una nota para que cenases conmigo y así poder comentar las primeras impresiones. Espero que no te parezca mal.

Percibí la ironía en su voz. Estaba claro que no se había olvidado de mi actitud hacia él en nuestros primeros encuentros

—Sí, claro. No hay inconveniente.

No me daba muchas opciones, no puedes rechazar una simple y formal cena de trabajo con tu mejor cliente, solo porque te tiemblen las rodillas al verle en bañador.

—Perfecto, entonces. Si te parece bien te espero a las ocho en el restaurante —dio media vuelta y desapareció por la puerta.

Una vez que se hubo marchado y estuve sola me senté en el borde de la piscina. Jugueteaba con los pies dentro del agua intentando entender qué era lo que me pasaba con este hombre en particular. En los últimos nueve meses de mi vida había conseguido mantener alejado a cualquier sujeto de sexo masculino que hubiese manifestado un cierto interés hacia mí; fue relativamente fácil, tenía claro que no quería ningún tipo de relación, encuentro o flirteo. Y aunque me había sentido atraída por algunos de ellos había sido capaz de ignorar esa atracción sin mucho esfuerzo.

Mis intenciones no habían cambiado, seguía sin querer implicarme en una relación sentimental ni sexual con ningún hombre. Sin embargo, me era imposible sofocar el deseo que me provocaba, reaccionaba a su sola presencia con una intensidad que no había sentido nunca. ¡Por Dios!, si me había hecho sonrojar como a una colegiala solo la sensación de sus ojos recorriendo mi cuerpo. Suspiré. Encontraría la manera, era algo físico, una reacción natural a un hombre atractivo y carismático. Decidí que el ejercicio ayudaría por lo que me sumergí e hice lo que había planeado cuando bajé a la piscina: nadar.

Media hora después me sentía exhausta y me dolían los brazos, así que regresé a la suite, tenía que prepararme para la cena. Mientras me

maquillaba comencé a sermonearme delante del espejo, no estaría de más recordarme que era una persona adulta, madura y con las ideas claras.

A la hora en punto, centrada y serena aparecí en la puerta del restaurante. Mi anfitrión ya se encontraba allí. Me condujeron enseguida a una elegante mesa, estratégicamente colocada para proporcionar intimidad a sus ocupantes respecto del resto de comensales. Derek se puso en pie nada mas verme y me saludo de manera amable. Su mirada me recorrió sin disimulo, pero a la vez con la suficiente elegancia para no hacerme sentir incomoda. Me había puesto una falda lápiz que acentuaba mis largas y torneadas piernas, fruto de innumerables horas de danza en mi infancia y adolescencia; y una blusa de seda negra sin magas. El pelo lo llevaba recogido en un moño de bailarina con la intención de dar una imagen competente y profesional que no dejase lugar a dudas de que ese encuentro se encuadraba única y absolutamente en el plano laboral.

Ocupé un asiento frente al suyo, mientras él, impecable en su traje azul marino de diseño, se acomodaba de nuevo en su silla. Sus movimientos eran fluidos y estilosos. Dejaban patente que era consciente de su atractivo y se encontraba cómodo en su piel. Tomó la copa de vino y aspiró su aroma.

—Es un vino excelente, deberías probarlo —hizo una seña al camarero para que me sirviese.

—No, gracias. Preferiría un poco de agua —quizá mi voz sonó un poco más estridente de lo habitual, pero no quería correr riesgos innecesarios; alcohol y Derek Blackwell eran un cóctel demasiado potente para mí.

Arqueó una ceja.

— ¿Eres abstemia?

—No. En absoluto.

Me miró esperando a que continuase con mi explicación.

—Es solo que cuando trabajo prefiero no beber.

Una chispa de diversión bailó en sus ojos, intuí que sabía a la perfección lo que su presencia le hacía a mis nervios. Bajó la mirada a su copa, con un golpe experto de muñeca la giró suavemente en sentido inverso a las agujas el reloj, imprimiendo al líquido ambarino un ligero movimiento

rotatorio.

— Es una pena, siempre he pensado que las cosas buenas se disfrutan más si se hace en compañía... — no había terminado la frase cuando frunció el ceño cómo si una idea horrible acabase de pasarle por la mente—. Pero ¿comer si comerás?, no irás a decirme que eres vegetariana o algo semejante.

Tuve que reprimir una carcajada ante su gesto espantado. Era consciente de que estaba bromeando.

—No, no soy vegetariana. Soy totalmente omnívora. De hecho nunca rechazaría un chuletón ni una buena hamburguesa —expliqué con una sonrisa.

—Bien, porque me agradan más los compañeros de mesa que comen algo diferente a tristes hojas de lechuga —aseguró convencido.

Ese comentario me trajo a la cabeza las imágenes de las mujeres con las que habitualmente era fotografiado. Irónicamente todas ellas bellezas de largos y esbeltos miembros y cinturas minúsculas que no aparentaban haberse comido un buen filete o una porción de pizza en su vida.

Un camarero se acercó y nos entregó la carta. Tras estudiarla unos instantes, tanto Derek como yo, haciendo gala de nuestra parte carnívora pedimos como plato principal solomillo. La coincidencia nos arrancó una sonrisa.

Tras haber anotado la comanda, el camarero recogió las cartas y se retiró.

—Y dime ¿hace mucho que trabajas cómo consultora, Valeria?

Daba la impresión de sentirse cómodo. Su postura era relajada, estaba ligeramente recostado contra el respaldo de la silla, con una mano sujetando el pie de su copa y la otra doblada en su regazo.

—Desde que salí de la universidad, aunque inicialmente trabajé en otras empresas. Me incorporé a AvanC hace tan solo unos meses.

—Bueno, algunos piensan que los cambios son arriesgados, en mi opinión la vida es riesgo y si no arriesgas no ganas. ¿Cuál es tú caso? ¿Qué es lo que te hizo cambiar?

— Para mí fue fácil decidirme. Nacho me propuso darme una parte de las acciones de la compañía y hacerme partícipe en la toma de decisiones. Era

una oferta que no podía rechazar.

Ese era el motivo oficial. El resto del bagaje emocional que iba aparejado a la aceptación de la oferta de mi hermano cómo parte de mi esfuerzo por encarrilar mi vida de nuevo lo guardé para mí.

— No lo dudo, tú hermano nos ha dejado muy claro lo competente que eres. Si yo tuviese a alguien como tú a tiro tampoco te dejaría escapar.

Mi confusión debió de ser evidente, porque Derek alargó su explicación.

—No es fácil encontrar personas con verdadero talento que disfruten con su trabajo.

Solté el aire y algo más tranquila asentí.

Estábamos en el segundo plato y, tras el sobresalto del inicio, la cena iba bien. Derek dirigía la conversación comportándose como el perfecto anfitrión: educado y atento y sin desviarse ni un milímetro de lo profesional. Me di cuenta de que mis recelos se habían mitigado y me encontraba cómoda; todo era perfectamente correcto.

Cuando llegaron los cafés había bajado completamente la guardia.

Derek dio un par de vueltas con la cucharilla en su café y se llevó la taza a los labios.

— ¿Y bien? ¿Ha sido tan malo como esperabas? —lanzó la pregunta con un brillo malicioso en los ojos apoyando la taza de nuevo en el plato.

— ¿Cómo? —repliqué descolocada. Me había pillado totalmente desprevenida.

—Está claro que hay algo en mí que te disgusta, Valeria. No intentes disimular.

—Yo, no… —titubé.

Sus comisuras se elevaron en una sonrisa sexy mientras disfrutaba abiertamente de mí azoramiento.

Tomé un pequeño sorbo de agua de mi copa para aclararme la garganta y lo encaré.

—Disculpa si te ha dado esa impresión, parece que me has interpretado mal. No tengo nada contra ti, simplemente creo que empezamos con mal

pie —aclaré.

—Me alegro de que no sea algo personal —mantuvo su mirada en la mia un instante más de lo necesario— porque vamos a pasar mucho tiempo juntos y me gustaría llegar a conocerte bien —su voz era cálida y muy masculina y su afirmación me sonó como una promesa.

Me estremecí de pies a cabeza, empezaba a pensar que Laura iba a tener razón, tanto tiempo sin <<interactuar>> con un hombre me estaba afectando. Todo lo que salía de la boca de mi acompañante me sonaba como alguna clase de invitación sensual.

Terminamos los cafés y abandonamos el restaurante.

Recorrimos el hall en silencio hasta detenernos frente al ascensor.

—Buenas noches, Valeria.

En vez de tomar mi mano, Derek se inclinó, me besó en la mejilla como si fuésemos viejos amigos y suavemente me hizo entrar en el ascensor.

Me quedé mirando cómo desparecía su imagen tras las puertas. Cuando se hubieron cerraron del todo me apoyé pesadamente en la pared.

Llegué a mi habitación, me quité los zapatos, dejándolos caer de cualquier manera en el suelo de madera y me tendí sobre la cama. El pequeño interludio de esa noche me había dejado claro que no iba a ser fácil, ese proyecto se me iba a hacer muy largo.